



# Diversidad cultural e identidad. Una aproximación desde la República Dominicana

Ana Aliende Urtasun, Departamento de Sociología, Universidad Pública de Navarra

A lo largo de este trabajo se reflexiona sobre la instrumentalización de la diversidad cultural desde el ámbito político y económico. Se analiza el caso de la República Dominicana en un periodo concreto (1931-61), durante el cual se fortalece una estrategia identitaria mediante el enfrentamiento entre comunidades y el discurso ideológico e intelectual. El objetivo del trabajo es por tanto, discutir los límites de la sociedad dominicana como escenario de debate para interrogarnos sobre nuevas formas de organización social en el mundo contemporáneo.

## Cultural diversity and identity. The Dominican Republic perspective

This chapter reflects on the instrumentalisation of cultural diversity from a political and economic standpoint. It focuses on the Dominican Republic during a specific period (1931-61), when an identity-based strategy was developed through the confrontation between communities and ideological and intellectual discourse. Therefore, the aim of this study is to discuss the limits of Dominican society as a scenario for debate to examine new forms of social organisation social in the contemporary world.

"Reinventar es esencialmente concebir de nuevo, imaginar de nuevo, madurar nuevamente una idea o un objeto. [ ] es fraguar de manera distinta una representación de lo dominicano..."  
*Reinvenciones, fotografía dominicana post dictadura. Instituto Valenciano de Arte Moderno.*

1. Reconstrucción, Rep. Dominicana. Belén Fernández Morales

En el ámbito de las Ciencias Sociales es muy habitual hablar de diversidad cultural. El pluralismo, el multiculturalismo, la construcción social de la diferencia, etc. forman parte importante de los desvelos en el análisis de las transformaciones sociales en el mundo contemporáneo. La diversidad cultural ha sido, en términos generales, tratada dentro de dos perspectivas. Unos la consideran una metamorfosis del monolítico y 'ortodoxo' concepto de cultura nacional (Bauman, 1999, XVII) que guarda su visión esencialista y política (Kuper, 2001, 280) y otros, entusiasmados, celebran la diversidad como el anuncio de la muerte del etnocentrismo europeo (Chambers, 1995, 175) y la prefiguración de una nueva forma de estar en el mundo (Maalouf, 1999, 31-32). La nueva forma de ser es aceptar el mundo como está y aprender a vivir en los 'lindes', en la 'brecha', en el 'desarraigo', en el 'límite' de lo que se es y de lo que se debe ser. Particularmente, pienso que la construcción de la diversidad cultural requiere de nuevas perspectivas y nuevas imaginaciones que nos permitan pensar, delimitar y explicar la interconexiones que la ligan, sobre todo, a lo económico y a lo político, en suma a ese "nuevo espíritu del capitalismo" que quiere convertir el mundo entero en su nuevo imperio (Bolstanski & Chiappello, 2002, 46).

La diversidad cultural se enreda y entrecruza de tal forma con lo social que precisamos de conceptos, de teorías y de perspectivas de investigación flexibles. Las construcciones sociales hallan sus legitimaciones no en sí mismas sino en ámbitos distintos, en otras realidades sociales que, aparentemente y tal como han sido consideradas, poco o nada tienen que ver con ellas. Cultura y economía, en concreto, se hallan entrelazadas, la una no se comprende sin la otra. De ahí que L. Arizpe escriba que "el análisis de la cultura puede contribuir a resolver la gran asignatura pendiente del cambio económico en América y el Caribe" (2001, 31). También a la inversa es cierto: el análisis de la economía puede ayudarnos a desvelar los cambios culturales que se están produciendo hoy, como es el caso de la diversidad cultural.

La República Dominicana es una aproximación a un mundo de cultura, estructura y relaciones sociales en el que se encuentran elementos significativos de dos comunidades: la dominicana y la haitiana. La fuerte dimensión económica y política que este encuentro ha producido a lo largo de décadas ha propiciado que en distintos períodos intelectuales y políticos del país reflexionaran y escribieran acerca de las diferen-

cias existentes entre ambos pueblos, buscando en ellas la legitimidad para construir la nación dominicana. En alguna medida, se puede afirmar, que la nación dominicana surge en el tiempo frente a la nación haitiana. Para delimitar políticamente los elementos culturales que los dominicanos poseen frente a sus vecinos los haitianos, algunos autores encuentran en la raza, la lengua y las costumbres los perfiles de ambas comunidades. Perfiles que, a su vez, dificultan la viabilidad de un proyecto común en la isla de La Española. Nuestro punto de partida apunta hacia dónde deberían dirigirse nuestras miradas con el propósito de hallar lo incipiente, aquello que en determinadas condiciones puede surgir y otorgar significados a los sujetos implicados. "Las culturas, como escribe Devillard, ni se encuentran ni se desencuentran, son los individuos, que las portan y construyen, quienes lo hacen" (2003, 41).

El objetivo que nos planteamos en este trabajo es discutir los límites de la sociedad dominicana como escenario de reflexión para interrogarnos por nuevas formas de organización social en el mundo contemporáneo en el que "la modernidad aparece desbordada" (Appadurai, 2000) y, concretamente, abordar la delimitación de las fronteras de los grupos a través no sólo del enfrentamiento sino también del encuentro, la suma o la hibridación. Esto nos conduce a plantear, ya de entrada, dos cuestiones básicas. La primera se refiere a la no necesidad de compartir todos "los valores últimos" (Gurrutxaga, 2001, 23) para sentirse miembros de un mismo grupo. La segunda, remite a que no es necesario que los políticos estén constantemente rebatiendo los argumentos que unos y otros sitúan, más en las profundidades de un tiempo pasado, que en las experiencias y expectativas de muchos de los individuos que componen ambas colectividades. De hacerlo así, pienso, no solamente se enconarán las diferencias de unos y otros hasta llevarlas al absurdo, sino que, incluso, cabe la posibilidad del enfrentamiento.

Para lograr este objetivo, el trabajo se estructura en dos partes, en la primera se estudian los límites de la transformación social del país (período 1931-1961) con la idea de comprender las condiciones estructurales que hacen de los elementos culturales claves de la identidad y se realiza un breve recorrido por la dictadura de R. L. Trujillo. En la segunda parte, se presentan las consecuencias de la historia pasada en la articulación de la realidad económica

y social dentro del entramado de la globalización, analizando la importancia de la identidad.

### **Los límites de la transformación social: 'modernidad controlada' (1931-1961)**

En la República Dominicana, durante la dictadura de Rafael L. Trujillo<sup>1</sup>, el desarrollo<sup>2</sup>, entendido en términos económicos, fue deudor del contexto internacional. Las distintas situaciones de bonanza del mercado permiten en un principio un frágil equilibrio de un sistema económico colonial que basado en la producción agrícola y ganadera, el azúcar y pocas industrias más, coloca el peso de la economía en manos de un pequeño grupo de propietarios. Trujillo desde su proclamación como presidente de la República es consciente de la crisis que atraviesa el país debido, fundamentalmente, afirma en su primer discurso como mandatario, al "considerable aumento de las erogaciones que habrán de efectuarse a partir del presente mes de agosto por concepto de pagos e intereses y amortización de la deuda extranjera (...). Esta situación ha venido a agravarse más aún por la alarmante disminución de las cantidades presupuestales como ingresos" (Marrero Aristy, 1961, 162). Para superar esta situación, Marrero Aristy afirma, que "es preciso no descuidar el factor básico de la actividad económica representada por la energía humana. Hay, pues, que incrementar las fuentes de trabajo a fin de que encuentren oportunidades para ejercitarse los miles de trabajadores cuya suerte preocupa hondamente al gobierno" (Marrero Aristy, 1961, 162). Crear trabajo es, entiende el dictador, lo más importante para el futuro de todos, para el desarrollo.

Trujillo se pasea por todo el país proclamando discursos que recogen una estrategia paternalista desde donde se entiende implícita y explícitamente que para la buena marcha de la República no hay que "llegar a crear conflictos que no existen y que están muy lejos de la idiosincrasia nacional" (Marrero Aristy, 1961, 162). R. L. Trujillo viaja por montañas y sabanas dirigiéndose a la "gente honrada y trabajadora, que no emplean su tiempo en intrigas políticas, ni en propagandas malintencionadas contra la tranquilidad pública" y que, por tanto, deben de estar tranquilos, pues "no he venido a inspirar temores, afirma Trujillo en una proclama a los trabajadores del campo, porque sólo me temen los malvados, sabedores de que no

perdono a los enemigos de la paz, que es la salud de la República" (Marrero Aristy, 1961, 181). Un modo de entender el ejercicio político que pasa por la resolución personal de los conflictos. "Todo campesino, afirma, que se sienta perjudicado por las autoridades locales en su persona o en sus intereses, puede dirigirse a mí directamente en la seguridad de que será atendido" (Marrero Aristy, 1961, 181).

Para Trujillo el objetivo es claro: es necesario crear trabajo pero sin que ello signifique que los dominicanos tengan a través de él necesariamente que articular intereses comunes para que puedan demandar a sus patrones mejores condiciones de vida. El dictador relaciona desde el comienzo de su mandato el trabajo con su persona. Así, durante este período, el trabajo como mecanismo fundamental de inserción en la vida social, se convierte en un 'bien' al que la población necesitada accede a través de un comportamiento dócil y adecuado a las expectativas del régimen, es decir, ajeno a posiciones reivindicativas y dispuesto a aceptar las reglas del juego impuestas.

El trabajo entendido como una realización de tareas de tipo físico y mental que permite que las personas 'se ganen la vida' es el más viejo de los productos de la modernidad y del progreso. La noción productivista de trabajo surge y se desarrolla junto con el aparato conceptual de la ciencia económica. "Las nociones de producción y de trabajo, escribe Naredo, se reforzaron mutuamente, al presentarse como medios de abastecer el crecimiento de la población y su consumo, y se les otorgó un sentido utilitario que permitía identificarlas como un avance inequívoco hacia la felicidad y el progreso" (2000, 17). Sin embargo, en este contexto de la dictadura, a pesar de que todos los políticos coinciden en que el objetivo final es el desarrollo y el progreso se trataría, siguiendo a Baud, de una "modernización controlada" en el sentido en que "al tiempo que estimulaba la modernización económica, mantenía un control estricto sobre la población, restringía la libertad de movimientos y controlaba la entrada y divulgación de información" (1999, 191) imposibilitando, por tanto, que las experiencias y los intereses comunes se articularan. Curiosamente, en esta situación, en el discurso y en la práctica, aparece el haitiano como referente de intereses contrapuestos a los del dominicano<sup>3</sup>.

Las actuaciones del régimen en los conflictos laborales son contundentes. Los datos de la época resultan difi-

ciles de contrastar pero no dejan dudas pudiéndose tomar como referencia las indicaciones generales que los autores coinciden en destacar, es decir, la violencia con la que se trataba a todos aquellos que osaban participar en las huelgas. En este sentido, es fácil coincidir con Bosch cuando afirma que el interés del dictador por contratar mano de obra dominicana tiene también relación con la facilidad que ello le reporta de cara a dejar impunes las actuaciones violentas. “Trujillo, escribe Bosch, había pasado en 1938 y 1939 por una experiencia muy dura, la de verse obligado a pagarle al gobierno haitiano 750 mil dólares como indemnización por los ciudadanos de Haití que habían muerto en la matanza de 1937 y, seguramente, recordaba que algunos años antes Gerardo Machado, el dictador cubano, tuvo que pagarle al gobierno inglés una fuerte suma por la muerte de algunos cocos, trabajadores de ingenios, que habían sido ametrallados, mientras participaban en una huelga, como la que había estallado en 1942 y 1946 en La Romana, y tenía que matar trabajadores, como lo había hecho en 1946 después que la huelga había pasado, nadie le pediría cuenta si las víctimas eran dominicanos, y en cambio si mataba haitianos, cocos o puertorriqueños, de los muchos que trabajaban en los ingenios del país, podía verse en una situación difícil que le obligara a pagar caro en el orden económico y en el político, y para Trujillo lo económico y lo político tenían la misma importancia y en todos los casos se entremezclaban íntimamente. Si se veía en el caso de tener que dominar una rebelión obrera en los ingenios azucareros, podía hacerlo sin temores siempre que en los ingenios no trabajaran, o lo hicieran muy pocos, ni haitianos ni súbditos ingleses, lo que exigía que se llevaran dominicanos a ocupar los puestos de trabajo de unos y otros. Ahí estuvo el origen de los que podríamos llamar la dominicanización del trabajo en la era trujillista” (2000, 68-69).

La organización del trabajo refleja las relaciones básicas de poder de cualquier sociedad, “las diferentes maneras de pensar y sentir de las personas con respecto al trabajo, escribe Watson, estarán estrechamente relacionadas con sus más amplias doctrinas políticas y religiosas y con sus orientaciones culturales generales” (1994, 94) así es posible afirmar que a través del trabajo en este período se procedía a construir un discurso identitario en el que las diferencias se ejercían en torno al haitiano, haciendo de sus costumbres bandera para la defensa de los valores dominicanos, planteados como contrapuestos a los del vecino haitiano.

Paulatinamente, de la mano del dictador, se desarrolla un incipiente sistema capitalista que, con la II Guerra Mundial como escenario, facilita su expansión y desarrollo al mismo tiempo que se da un proceso de centralización de los grandes negocios. Con el dictador comienza la modernización económica y también el proceso de centralización política. Durante la dictadura el país experimenta un crecimiento demográfico importante, la capital, Santo Domingo, se convierte en un gran conglomerado urbano que recoge en su seno a una cuarta parte de la población total. “Al mismo tiempo que creció la población crecieron la producción agropecuaria y el número de empleos” (Moya Pons, 2001, 255). Los servicios sanitarios y educativos también experimentaron mejoras durante el período. La enseñanza universitaria adquiere relevancia. A finales de los años 50 el país cuenta con un nutrido grupo de profesionales. “Por primer vez en toda su historia tiene un nuevo estrato social medio que terminaría ocupando el liderazgo social, político y económico dominicano en años recientes” (Moya Pons, 2001, 225). Pero este crecimiento económico se desarrolla a través de un proceso de centralización-paternalista de los grandes negocios. Trujillo y sus allegados, los primeros. Luego, toda una extensa red de relaciones, de intercambios informales, de vinculaciones entre distintos grupos sociales en los cuales se conjugan intercambios de prebendas y legitimidad. Desde el principio de su mandato “Trujillo utilizaría el poder político y militar para enriquecerse y favorecer a los miembros de su familia o a sus allegados más próximos” (Moya Pons, 2001, 216).

Las prácticas políticas y económicas de Rafael L. Trujillo querían emular la grandiosidad de las grandes naciones intentando dar a conocer sus progresos “en una época en la que las naciones eran juzgadas por su capacidad de exhibir sus logros en ferias mundiales y exhibiciones comerciales” (Derby, 1999, 197). Trujillo se ocupaba de colocar a la República Dominicana en ‘su sitio’ otorgándose a sí mismo el papel de protagonista. “El progreso, escribe Derby, se equiparaba con el régimen y el régimen era un hombre: Trujillo”. Derby se refiere, concretamente, a la celebración en el año 1955 de la Feria Mundial de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre con motivo del 25 aniversario del dictador Rafael L. Trujillo en el poder. Al derecho económico en “ferias comerciales, exhibiciones, bailes y otros espectáculos” se añadió un desfile de carrozas florales presidido por la hija



del dictador. Se gastó en todo ello una tercera parte del presupuesto nacional (Derby, 1999, 195-197).

La República Dominicana se declara neutral en la Segunda Guerra Mundial pero “después del bombardeo de Pearl Harbor, Trujillo encuentra más ventajas del lado de los aliados occidentales (...). Al final de la guerra sus negocios incluyen hoteles, bancos, empresas textiles, gran número de fábricas, líneas aéreas y navales, etc. Había adquirido monopolios o casi monopolios en azúcar refinado (convirtiéndose en uno de los mayores exportadores), sal, exportaciones de carne, tabaco y se había convertido en el hacendado, industrial y comerciante más grande del país” (Wiarda, 1968, 33). Los entramados socioeconómicos se desarrollan en torno al dictador. “El imperio económico llegó a ser tan grande, que al final de su vida, en 1961, él controlaba cerca del 80 % de la producción industrial y sus empresas daban ocupación al 4 % de la mano de obra activa del país, lo que unido a su control absoluto del Estado, que empleaba el 15% de la población activa, hacia que un 60% de las familias dominicanas dependiera de una manera u otra de su voluntad” (Moya Pons, 2001, 220).

Durante la dictadura de Trujillo determinados grupos sociales acumularon en su seno los aparatos de clubes, asociaciones, partidos, etc. generando así una apropiación de bienes y servicios públicos con lo que ello implica de poder y privilegios, y también de estilos de vida y transmitido a través de una red de relaciones familiares. Aparentemente el país disfrutaba de normalidad institucional<sup>4</sup> pero ésta era entendida a su manera, con en el decir de Galíndez ocurría en todos los países latinoamericanos sometidos a dictadura. La apariencia democrática “es pura fachada en que nadie cree. Hay que analizar cuidadosamente la aplicación diaria de esos preceptos, la deformación que la Constitución sufre en la vida diaria, la falsificación de las elecciones, la sumisión de legisladores y jueces a la voluntad de un solo hombre (que no siempre se titula Presidente), la anulación no ya de los derechos individuales sino del mismo individuo por un terror difuso, la corrupción en las instituciones públicas que debieran ser más sólidas”<sup>5</sup> (2002, 139-140).

El cuadro que brevemente he presentado del desarrollo económico y de las redes que lo sustentan no es, sin embargo, uniforme en todo su mandato. En él se dan también otros procesos, nacionales e internacionales,

que tienen consecuencias para el país y que inciden en las estrategias internas que permiten al dictador afianzarse en su poder. En los primeros años de su mandato las estructuras institucionales alrededor de su persona son capaces de eliminar “a los partidos políticos y personalidades que le respaldaron en 1930” y crear en torno a él, en 1932 el Partido Dominicano que le permite inaugurar “un nuevo estilo político en el que el poder legislativo es sólo una máquina automática para votar los proyectos del ejecutivo” (Galíndez, 2002, 131). La matanza de haitianos en 1937 alcanza una dimensión internacional y pone en entredicho su reelección. El régimen dictatorial de Trujillo habría de sortear estas dificultades. Al comienzo de la II Guerra Mundial cuenta con el beneplácito de Estados Unidos. Después de la guerra se ve forzado “a adoptar apariencia democrática y avanzadas, tales como el movimiento obrero que se permite y fomenta, el llamamiento más o menos insincero a los partidos políticos, y la brevisima o restringida oposición que se solicita de *La Opinión*” (Galíndez, 2002, 132). Más tarde pierde abiertamente el apoyo de Estados Unidos y se ve obligado a introducir otros cambios. Durante los últimos años de la Administración Eisenhower y los primeros meses de la Presidencia de Kennedy, escriben Atkins y Wilson, los Estados Unidos abandonaron su política de no oposición a Trujillo. A partir de 1956 se abre un debate importante acerca de la “postura que Estados Unidos debe tomar con el régimen de R.L. Trujillo”. La posición de Estados Unidos en los años 1937 y 1938 en la matanza de haitianos y después de la II Guerra Mundial fue difícil. Unos años más tarde, en 1956 y 1957, la desaparición<sup>6</sup> de Galíndez y Murphy reinicia el debate en torno a su poder. Por otro lado, en el propio país, se iba gestando una respuesta a su régimen difícil de articular y de manifestar. Su desaparición reabre el debate e inicia el camino hacia una transición.

Pero la realidad del país a la muerte del dictador es desoladora. Los últimos años, cuando las sanciones económicas impuestas por la Organización de Estados Americanos van acuciándose, la población se enardece. Los avances en el sector rural se estancan, falta una modernización de las técnicas, en la maquinaria, en los abonos. La población se hacina en los núcleos urbanos y el analfabetismo sigue siendo mayoritario. “El país, escribe Moya Pons, se enfrenta con la siguiente realidad: Una población de cuatro millones de habitantes en la cual todavía el 60% de la población vivía en el campo; con más del 60% de sus habitantes analfabetos; con pequeños pueblos y ciu-

dades que empezaba a recibir oleadas masivas de familias campesinas que huían de la miseria de los campos; con una agricultura que ya había dado de sí lo que podía frente a la tecnología en uso, pues la producción y la productividad en el sector rural eran más el resultado de la apertura y la colonización de tierras nuevas que de una modernización real en las técnicas de cultivo, ya que el uso de maquinarias, abono, semillas mejoradas y control de plagas era bastante limitado y apenas había tres ingenios agrónomos en todo el país” (2001, 227).

Así terminó la protección ofrecida por el dictador a sus hijos dominicanos que tenían que trabajar para dignificarse, para vivir como tales, con sus costumbres y su cultura. Dominicanos y haitianos en fronteras políticas para algunos claras son al final de la dictadura excluidos de un proyecto nacional imposible desde una concepción patrimonialista del Estado que imposibilita una reforma social ya que ésta “requiere altos niveles de educación y capacitación que incidan en la productividad y en mejorar la equidad social” (Arizpe, 2001, 40) y esto no es posible realizarlo desde estas claves políticas y sociales. La modernización tiene que ser entendida como un proyecto de transformación desde “la movilización de masas “desde abajo” a favor de la modernización en la mayoría de los casos oponiéndose a los gobiernos carentes de iniciativa o conservadores” (Sztopmka, 1998, 154). Para ello es preciso que el proyecto de modernización sea entendido por la población como reflejo de “aspiraciones espontáneas y extendidas” entre la mayoría “provocadas por el efecto de demostración de la riqueza occidental, de su libertad y estilos de vida modernos, tal y como son percibidos a través de los ampliamente accesibles medios de comunicación de masas o por medio de contactos personales” (Sztopmka, 1998, 155).

En la República Dominicana el dictador tuvo el “amparo de toda una tradición intelectual y política que percibía la domesticación de las masas rurales como el *quid pro quo* de la modernización del país”(Baud, 1999, 275). De ella surge el proyecto de nación dominicana, de especificidad cultural frente a la vecina Haití. Llegado este punto, la pregunta que deberíamos formularnos es si en esta domesticación en la que, como recoge Baud, “la posición de Trujillo era diferente a la de los gobiernos anteriores, en el sentido de que no solamente esbozó una ideología

antihaitiana, sino que también, aplicó una política práctica al respecto” (1999, 200) la población generó una “sentimiento ambiguo”, como afirma el propio Baud, o si frente a las penalidades del haitiano, desde el dolor y la indigencia, se conformó en la población dominicana algún tipo de realidad comparada o escindida con el vecino haitiano.

## Cultura, relaciones sociales e identidad colectiva

A través del período de la dictadura se configura un mundo social de relaciones en el que administrativamente se produce una apropiación del poder por agentes y grupos de agentes gubernamentales o no gubernamentales que a través del diseño de leyes, normas, reglamentos y medidas administrativas convierten al Estado en un gran negocio a su medida. El balance de la dictadura no deja dudas al respecto. Por un lado, los logros materiales alcanzados y, junto a ellos, “la pérdida de libertades civiles incluyendo la prisión, muerte y exilio de sus oponentes”, además de constatar la inmensa riqueza personal acumulada por el dictador y sus allegados (Logan, 1968, 73). A mi entender, los lastres de este proceso marcan no sólo el período de transición que vive el país tras el asesinato del dictador sino también el momento actual, considerado éste desde el horizonte de la globalización.

Si, específicamente, tal y como se recoge en la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre los países menos adelantados celebrada en mayo del año 2001, “el proceso de globalización ha dejado relegados a los países menos desarrollados, aumentando su marginación” (2001, 3) es preciso trabajar para superar la situación actual desde “nuevas interpretaciones que nos permitan entender la cohesión del mundo y las conexiones transnacionales que afectan a la organización de los significados y las acciones –y sobreponernos al asombro que nos producen las nuevas mezclas y combinaciones” (Hannerz, 1998, 18). Si, parafraseando a Bauman, en la situación actual “algunos nos volvemos plena y verdaderamente “globales”; mientras otros quedan detenidos en su “localidad”, un trance que no resulta agradable ni soportable en un mundo en el que los “globales” dan tono e imponen las reglas del juego de la vida” (1999, 9) en lo que respecta a nuestra

contribución en términos de conocimiento quiere servir modestamente para hacer de los problemas de cualquier sociedad, en este caso la sociedad dominicana, problemas globales que no queden circunscritos a lo local si lo local significa los márgenes de la existencia o, incluso, la no-existencia.

La globalización explicada con las luces y las sombras que posee desde sus distintos ángulos tiene en la República Dominicana un contenido claro para algunos y ambiguo para otros. Para prácticamente todos ésta tiene un cierto carácter de inevitabilidad. Estas posturas comienzan a perfilarse más nítidamente conforme se vislumbran ya algunas de sus consecuencias. Los hay quienes reparan en el papel todopoderoso del mercado –aquéllos que se detienen básicamente en la dimensión económica-. Otros amplían la mirada hacia la multidimensionalidad del proceso. Los unos y los otros, sin embargo, consideran ‘amenazante’ para la identidad colectiva la homogeneización cultural que entienden se está dando. Las alteraciones producidas en los últimos años con relación a las oportunidades que la globalización aporta se interpretan de forma diferente según se entienda el horizonte que proponen. Los discursos políticos ponen un énfasis distinto en el proceso de globalización y, al mismo tiempo, las dificultades con el país vecino vuelven a aflorar. En este sentido el desarrollo es un proceso de cambio social que hace referencia a una evolución deliberada que persigue como último fin conseguir la igualdad de oportunidades económicas, políticas y culturales de todas las sociedades. Es como si se volviera atrás en la historia, pero ahora en un horizonte nuevo que impide, creemos, se repitan las mismas situaciones. Pero éstas aparecen bajo nuevas formas que continúan ahondando las diferencias que nunca se borraron entre dominicanos y haitianos.

Más allá de la importancia de su historia pasada el reto actual de la República Dominicana es el de articular su realidad económica y social dentro del entramado de la globalización. Si el concepto de globalización nos da cuenta de un escenario complejo en el cual se producen encuentros, fragmentaciones y se intensifican las interconexiones, parece más que pertinente preguntarse por el lugar que puede ocupar la República Dominicana en este “horizonte mundial caracterizado por la multiplicidad y la ausencia de integrabilidad” (Beck, 1998, 31), analizando la importancia de la desigualdad y

la exclusión social para repensar y formular, desde ahí, la idea y alcances de las políticas culturales (Mato, 2001).

En la situación actual y con los datos de que dispongo<sup>7</sup> es difícil y arriesgado plantear un diagnóstico claro y definido de la gestión de la globalización en la República Dominicana. Tampoco estoy segura de cuáles podrían ser ‘las fuerzas’ capaces de alterar su situación actual. De lo que estoy segura es que no se trata de una situación inevitable, de una situación sin salida. Y esto, al menos, por dos razones. En primer lugar, porque la globalización no se reduce a fenómenos económicos macro estructurales y, segundo, y a consecuencia de lo anterior, por que está redefiniendo, entre otros, uno de los ‘ejes’ clave de la modernidad. En concreto, “el proceso de trabajo y su inscripción concreta en el territorio” que, según Enrique, “es el gran ausente de las teorizaciones contemporáneas de la globalización” (2000, 21). Esto tiene gran importancia para la República Dominicana. Si, como escribe Beck, “la singularidad del proceso de globalización radica actualmente (y radicará sin duda en el futuro) en la ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales empíricamente comprobables” (1998, 31), la República Dominicana difícilmente puede obviar la existencia de Haití. Tal vez tampoco la región caribeña, pero menos al país vecino<sup>8</sup>. La República Dominicana y Haití deberían constituir la base de una política económica y de una red de relaciones a partir de la cual entroncar con lo global. Tal vez podrían continuar constituyendo unidades micro locales, dado que los fenómenos de globalización “pueden tener una escala y distribución variables” (Hannerz, 1998, 20), pero no cabe duda de que, hoy por hoy, el poder económico se asienta sobre amplias bases territoriales desde donde se expande, domina y controla.

Pero asociado a este fenómeno, existe, en segundo lugar, otra razón que impele a la constitución de una política económica y de una red de relaciones entre la República Dominicana y Haití. Esta razón es la redefinición de la división internacional del trabajo que origina la globalización. Si, como es sabido, las nuevas formas de entender la producción implican profundos cambios en la concepción y organización del trabajo en los países occidentales desarrollados<sup>9</sup>, los cambios en la República Dominicana y en Haití pueden ser aún mayores. Éstos pueden ahondar y



ensanchar aún más, si cabe, la profunda sima que separa a los haitianos y dominicanos, y a muchos dominicanos entre sí. El continuo trasiego de haitianos que buscan trabajo en la República Dominicana, trabajo en las condiciones que sea, puede aumentar, como también puede incrementar el número de excluidos y el trabajo precario para los dominicanos que se queden en la isla. También puede subir el número de ciudadanos dominicanos a quienes no les quede otra alternativa que la emigración convertida en ocasiones en una nueva esclavitud<sup>10</sup>. No afrontar esta realidad puede suponer la destrucción de los últimos puentes tendidos en el atlántico después de la quema de las naves de Colón. La mayoría de los habitantes de la República Dominicana habrían perdido la oportunidad de contemplar el amanecer de ese “nuevo mundo que surge de entre las nieblas de fin de siglo” el de una “sociedad civil realmente comprometida y empeñada” (Beck, 2000, 10). Por un lado, en disipar la ilusión de la hegemonía de lo económico y, por otro, en buscar “un marco mucho más amplio, cultural y antropológico” en el cual las cuestiones económicas se expresan y adquieren sentido (Todd, 2000, 25).

Me voy a centrar en la identidad colectiva dominicana, puesto que, a mi juicio, ésta se halla imbricada con los nuevos fenómenos que acarrea la globalización: el estado nacional y la redefinición del trabajo. También se halla imbricada con el tipo de política económica y de relaciones a establecer, específicamente con Haití. La identidad colectiva dominicana posee como referente a Haití. Es en el haitiano “donde el dominicano encuentra su otro yo, pero negado”, como escribe Andujar (1999, 3). La conciencia de pertenencia a la comunidad dominicana y los límites físicos, sociales y culturales que establece con Haití es el valladar que las separa y les encierra. Es el que crea, recrea y mantiene la identificación entre ellos, al mismo tiempo que se desidentifican de los haitianos. Es la “inclusión-exclusión que, si bien ‘es arbitraria’, les permite constituirse en cuanto grupo como tal” (Pérez-Agote, 1986, 83). En la identificación del dominicano con respecto al haitiano intervienen, sin duda, toda una serie de acontecimientos pasados, de percepciones de sus diferencias de origen ‘étnico’ y cultural, y de interpretaciones divergentes de la historia pasada y reciente que, amalgamados y estereotipados producen una profunda convicción de pertenencia. Esta se ve reforzada constantemente por el trasiego

constante y continuo de haitianos que buscan en la República Dominicana una oportunidad para vivir, un trabajo, cualquiera que sea éste y en las condiciones que sea. Haití ha sido y continúa siendo el ‘horizonte enemigo’ que actúa sobre los dominicanos “a veces de un modo muy amenazador, a veces de manera más simbólica” como escribe Caro Baroja respecto al actuar del “horizonte enemigo sobre cualquier grupo social” (1974, 46).

Toda esta serie de fenómenos, de percepciones y de interpretaciones y de hechos se sintetizan y, hasta cierto punto, se patentizan en un grado extremo y de forma tremendamente reactiva para muchos dominicanos, en el color de los haitianos. No creo exagerado el afirmar que el color de los haitianos atraviesa la mayoría, por no decir la totalidad, de las categorías que los dominicanos se hacen de los haitianos. Tal vez habría que remontarse al papel que juega el olor en la diferenciación y en el establecimiento de relaciones entre burgueses y trabajadores a mediados del siglo XIX, tal como lo ha puesto de manifiesto Azcona (2001), para constatar la fuerza y la amplitud con que actúa, en nuestro caso, el sentido de la vista. En la República Dominicana, el color es capaz de releer la historia pasada, de releer la cultura y, sobre todo, lo mismo antes que ahora, de guiar las acciones y de trazar el tipo de relaciones entre dominicanos y haitianos.

En opinión de muchos, la República Dominicana se habría constituido a través de la ‘mezcla’ de españoles blancos. El color blanco es para muchos el sustrato que permanece en la gama de matices que van desde la ‘negritud’ absoluta y completa a la ‘lactificación’ más pura. “Del negro al blanco, tal es la línea de mutación, escribe Fanon comentando lo escrito por Mayora Capecía después de ver una película en la que Dios y los ángeles eran negros” (Azcona, 2002, 35). “Una línea de mutación, agrega Azcona, conjugable siempre en términos sociales o, mejor aún, en términos de una jerarquía en la que se amalgama lo interno y lo externo, la virtud y el vicio, la posición social y las cualidades individuales, los deseos y la realidad, el ser y el aparentar. Los colores no se disuelven ni siquiera en lo que se piensa sobre ellos; éstos siempre remarcan líneas de separación jerarquizadas que van del negro al blanco” (2002, 35-36). En la República Dominicana el negro, el haitiano, además de constituir un elemento central de identidad colectiva ha

sido, también, objeto de dominación (Andujar, 1999, 29), de problemas y de conflictos, tal como es constatable en su historia. Lo que siempre aflora son las diferencias de color entre unos y otros.

Durante la época de Trujillo la construcción del país incluía ‘el problema haitiano’, los problemas de límites fronterizos y las brutales masacres ordenadas por el dictador. En los años siguientes los distintos mandatarios recogen el tema con cautela. También en fechas más recientes, en el año 1999, tal como se recoge en el Balance del año 2001, “las autoridades dominicanas expulsaban a miles de personas de origen haitiano o simplemente de piel negra” (2001, 394). La mano de obra haitiana sigue llegando al país y la construcción social de la diferencia del dominicano y el haitiano a través del color continúa ocupando una parte importante de la reflexión sobre el desarrollo de la comunidad. “La nación haitiana, escribe Balaguer, se compone de tres clases sociales: de una mayoría negra y de las dos minorías, una blanca, constituida originalmente por los colonos de nacionalidad francesa, y la otra mestiza o mulata, formada por la mezcla de la raza blanca con la africana. Santo Domingo, en cambio, se formó socialmente con los colonos españoles llegados a la isla tras las huellas de los descubridores y con los negros importados, igual que los de Haití, del continente africano” (1998, 71).

El color y las diferencias de ambas comunidades son narradas por Núñez como respuesta a la pregunta ¿Qué es un haitiano para Price Mars?: “la raza, escribe, no convierte a un negro haitiano y a un negro dominicano en la misma cosa” (2001, 24). Un haitiano, escribe:

“Es antes que nada un negro, unido por el sentimiento de opresión contra la esclavitud. Pero el haitiano no es sólo eso. El haitiano tiene su lengua, su religión, su historia, sus etnias, su visión del mundo, en la que entran las variopintas procedencias africanas, sus relaciones con el colonialismo francés y la recreación americana, a la par como pueblo nuevo y como continuidad de las antiguas etnias africanas que se fusionaron en tierra americana. En Santo Domingo, la hispanización del negro, desplazó de la mentalidad dominicana al negro cultural. Hablar francés, hacer una plegaria religiosa, eran las señales de una asimilación. Con esa actitud el negro haitiano quería parecerse al blanco que se enseñoreó sobre su cultura.

En cambio para el dominicano, la lengua española y el sincretismo católico son parte de su mentalidad. No puede renunciar a ellas sin dejar de ser. El haitiano no puede refugiarse en las criptas inexpugnables del créole y el vudú. Puede reivindicar su cultura africana. Vivir la ilusión de un mítico retorno a África. Todas esas emociones esencialistas han desaparecido del dominicano” (2001, 23).

En la actualidad, aunque algunos, o tal vez, todavía muchos, continúan viendo a los haitianos como una amenaza y como el origen de todos los males que padecen los dominicanos, no faltan quienes denuncian tal situación y quienes, incluso desde el gobierno ven la necesidad de un desarrollo conjunto. Entre los primeros figura Núñez. En su obra reeditada en el año 2001 vuelve a lanzar la antigua queja al “horizonte enemigo” que: “desplazado de la agricultura, desalojado de las empresas de construcción, apartado de un sin número de actividades en las que tenía primacía el dominicano ve degradarse sus formas de existencia; se ve discriminado de su propio territorio. Porque la copiosa presencia de los vecinos le degrada sin cesar sus modos de vida” (2001, 24). Entre los segundos, Silié y Andujar, entre otros, indican cuanto hay de manipulación y de ideología en la construcción del binomio haitiano-dominicano. La percepción del los haitianos, es una “percepción, escribe Silié, es una percepción impuesta desde la cúpula del poder en la República Dominicana, es totalmente prejuiciado, pues si bien los haitianos no niegan su origen africano, los dominicanos no lo reconocen” (Núñez, 2001, 24). Así se produce lo que Andujar denomina ‘amnesia negra’. “Posiblemente, escribe, sea alrededor de los aportes y el reconocimiento de la cultura negra en nuestro país donde encontremos el mayor obstáculo para reconocernos y asumarnos como un pueblo mulato, negro y blanco al mismo tiempo. Llamamos amnesia negra, al esfuerzo que ha hecho la ideología dominante por minimizar o, cuando no, desconocer, la presencia de lo negro en nuestro país; no sólo con relación a los componentes de la cultura: música, religión, comida, danza, gestos, adornos, criterios estéticos, organización social, sino también en cuanto a los aspectos físico-raciales” (1999, 140). Finalmente hay que mencionar, el “programa de desarrollo conjunto, evaluado en 280 millones de dólares”, anunciado en marzo del 2000 por los gobiernos haitiano y dominicano (Balance del año 2001, 394).

Aunque la situación de muchos haitianos, particularmente en los bateyes, representan todavía, “la nueva esclavitud en la economía global” (Bales, 2000, 7) y la degradación de la vida de los dominicanos por los haitianos, anunciada por Núñez, sea cierta, lo cierto es, también, que, por un lado, la inserción en el proceso de globalización, ‘obliga’ al país a dejar actuar al mercado y a ‘permitir’ la inmigración de los haitianos; por otro, el mismo proceso amenaza a la soberanía nacional de ambos países. En opinión de Beck, se trata de una amenaza no “en abierta rivalidad, conquista y sometimiento sino, ‘subversivamente’, es decir, en tanto en cuanto aumentan las dependencias económicas, el poder de decisión de los agentes transnacionales y los influjos multiculturales” (2000, 33). El ex presidente del gobierno, Hipólito Mejía, caracterizó de manera gráfica la situación. Haití y la República Dominicana, afirmó, son “un matrimonio sin divorcio”.

Ante situación como ésta las preguntas son muchas; también son muchos los obstáculos. Pero unas y otros revierten en las relaciones que en esta situación es posible mantener. En definitiva, unas y otros revierten a redefinir las claves que creara la modernidad. Estado nacional, trabajo e identidad colectiva nacieron juntos y han caminado hasta ahora en occidente juntos. La quiebra también se ha producido de forma conjunta.

## Conclusión

La reiteración de los discursos políticos sobre cuestiones existenciales “qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos” puede tener consecuencias importantes. Entre otras, el hartazgo de la política y de los políticos y la prescindibilidad de unos y de otros. Como escribe Bauman, “¿para qué necesitamos la política para conformarnos? (...), conformarse bien podría ser algo que uno puede hacer solo (...). Entonces, ¿por qué molestarnos si los políticos de cualquier tendencia no pueden prometer nada salvo lo mismo?” (2001, 12).

Las alternativas de convivencia hay que imaginarlas renegociando y repensando otras dimensiones políticas. Los proyectos políticos tienen que recoger los problemas de los individuos y convertirlos en problemas colectivos con soluciones políticas consensuadas en torno al ‘bien común’ preguntando por lo

que ‘une’, por lo que ‘integra’, aún a sabiendas de que la cultura también desintegra y que el individuo se convierte en recreador de las diferencias, en más que un participante activo y desde luego no en un prisionero de las ideas hegemónicas, ni en un robot programado (Archer, 1994, 73).

## Notas

<sup>1</sup> La bibliografía existente sobre R. L. Trujillo es amplia pero muy heterogénea. Son numerosos los folletos, artículos y libros en los que se elogia al dictador (E. Rodríguez Demoriz, Bibliografía de Trujillo, 1955). Sin embargo, el número de estudios académicos no es muy elevado. Para la elaboración de este apartado, siguiendo a Moya Pons (2001, 324-328) he tomado las siguientes referencias básicas. (1) La documentación recogida en los textos de Jesús de Galíndez, La era de Trujillo. Un estudio casuístico de una dictadura hispanoamericana, de Howard Wiarda, Dictatorship and Development: The Methods of Control in Trujillo's Dominican Republic y de Robert D. Crassweller, Trujillo: The Life and Times of a Caribbean Dictator (2) El texto de R. Marrero Arísty La República Dominicana: Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América nos proporciona las claves de la historia oficial del país. (3) Para el análisis de las relaciones entre Trujillo y Estados Unidos utilizamos el texto de Atkins y Wilson, The United States and de Trujillo Regimen. La lectura de este material quiere servir para contribuir al análisis de los procesos económicos y sociales del país que con frecuencia han quedado relegados a un segundo plano cediendo el protagonismo al estudio del proceso político (Moya Pons, 2001, 324).

<sup>2</sup> El concepto de desarrollo se equipara en muchos casos con crecimiento económico, riqueza, modernización, industrialización, etc. Así, el indicador más empleado para medir el nivel de desarrollo es ‘la renta per cápita’. Implícitamente se equipara desarrollo a crecimiento económico. En consecuencia se toman en consideración la producción final total de bienes y servicios obtenida por la economía de un país y se divide entre la población existente. Los países son clasificados según el ranking de ingresos per cápita. Esta información necesita completarse con los datos acerca de la pobreza, el desempleo y la desigualdad. En este sentido el índice de desarrollo humano (IDH) se aproxima más a la realidad en la medida en que recoge (1) la renta nacional per cápita según el poder adquisitivo, (2) la esperanza de vida y (3) la educación y tasas de alfabetización. Aquí entendemos el desarrollo en un sentido amplio, como un proceso de cambio social que hace referencia a una evolución deliberada que persigue como fin último el acceso equitativo de las personas a bienes económicos, políticos y culturales.

<sup>3</sup> Para abordar adecuadamente el estudio de los repertorios de acciones populares existentes en la época es preciso tener presente los cambios que se producen con el “desarrollo del capitalismo, por un lado, y del Estado nacional, por otro”. Se trata de un proceso fluido en el que las experiencias y los intereses comunes se articulan y diferencian al mismo tiempo que se contraponen a los intereses y experiencias de otros. El problema radica en analizar las relaciones “siempre encarnadas en gente real y en un contexto real” (Thompson, 1989, XIII) para así dar cuenta del modo específico en que se construyen por parte de los individuos aspiraciones nuevas que convierten “las formas de acción del repertorio tradicional en anticuadas e ineficaces” y, en consecuencia, reclaman nuevas definiciones de la situación (Pérez Ledesma, 1994, 67).

<sup>4</sup> La Historia Constitucional de la República Dominicana se remonta a la Constitución Española de 1812. En base a ella se convirtió en una de las provincias de ultramar. De 1822 a 1844 se produce la ocupación Haitiana rigiéndose por las mismas constituciones que Haití. A partir de esa fecha “cronológicamente puede considerarse que han existido tres periodos constitucionales: 1º de 1844 a 1861 (interrumpido por la Anexión a España);

2ª) de 1865 a 1916 (interrumpido por la ocupación norteamericana); y 3ª) de 1923 hasta el día de hoy -1956-. Durante dichos periodos se han producido numerosas interrupciones en la vida constitucional por los movimientos revolucionarios; sobre todo en la época de 1873 a 1881, en que cada año se aprueba una nueva reforma constitucional. Es una reforma que se ha promulgado de nuevo el texto constitucional íntegro; lo que induce fácilmente al error de creer que se trata de Constituciones formalmente distintas" (Galíndez, 2002, 137).

<sup>5</sup> En el artículo 16 de la Constitución se recoge la facultad de la Cámara para sustituir a los candidatos "cuando ocurran vacantes de Senadores o de Diputados serán llenadas por la Cámara correspondiente la cual escogerá al sustituto de la terna que le presentará el organismo correspondiente del Partido Político a que pertenecía el Senador o Diputado que originó la vacante". Los Estatutos del Partido Dominicano, por su parte, en el artículo 39, detallan la lógica de los cargos desempeñados. "El partido, se lee, sustenta que los cargos electivos no corresponden a la persona del candidato electo para su disfrute personal, sino en lo que tiende a servir el programa político y las disciplinas del Partido, por tanto, para cumplir este elevado propósito de ética política, los candidatos seleccionados para cargos electivos y los correligionarios que en la actualidad disfrutaban de cargos electivos, al aceptar su postulación aquellos y los otros inmediatamente después que sean aprobados estos Estatutos, deberán enviar por escrito sus renunciaciones respectivas, sin fecha, al Jefe del Partido" (Galíndez, 2002, 141-142).

<sup>6</sup> Los asesinatos y desapariciones continúan después de la muerte del dictador. Todavía se trata de un período 'oscuro' de la historia del país. Hay autores que reclaman con vehemencia la necesidad de "desenmascarar aquella etapa tan amarga que todavía erige remanentes inadecuados" desvelando las identidades de los ejecutores y de los ejecutados, "crear una lista, escribe Parra, con los nombres de los que, por su dignidad, viven eternamente en el pueblo dominicano; y una lista negra con los jenízaros que patrocinaron la desvergüenza y la peor cobardía de barbarie alguna" (2002, 1).

<sup>7</sup> El trabajo de campo fue realizado durante mis tres estancias en el país en septiembre-octubre del año 2000, en noviembre-diciembre del año 2002 y en junio-julio del año 2004. Recogí de distintos informantes todo aquello que tuviera que ver con sus percepciones acerca de los límites y diferencias que ellos entendían existen con respecto a sus vecinos haitianos. No he trabajado, sin embargo, todavía, está problemática desde el punto de vista haitiano. La importancia que en los últimos años posee la mano de obra haitiana en distintos sectores económicos, específicamente en el sector de la construcción, ha intensificado el debate interno y externo con respecto a los derechos de los haitianos. Desde distintas instancias se piden soluciones al denominado 'problema haitiano'. Su cada vez mayor presencia en la vida social dominicana hace patente para los ciudadanos la necesidad de tomar medidas al respecto. "Medidas imaginativas" me decía un informante. "Hay que buscar soluciones" repetía. En las conversaciones cuando yo deliberadamente introducía el tema era siempre motivo de discusión.

<sup>8</sup> La República Dominicana ocupa dos tercios de la isla central de las Antillas. Haití ocupa el tercio restante. Las relaciones entre ambas repúblicas no han sido ni son fáciles. La coexistencia de ambos pueblos está supeditada hoy en día a un entramado de relaciones complejas, cargadas de historias cruentas, que entre sus habitantes significan en muchos casos rechazo. Las reflexiones sobre un país que, sobre todo, quiere ser otro siempre que esto signifique salir de la situación de pobreza y miseria que una mayoría de la población padece, requieren plantearse el cambio social desde las relaciones existentes entre la mejora de las condiciones materiales de sus gentes y una estrategia más amplia de transformación, con un plan de reconstrucción y progreso que revierta en la mayoría de la población. Es necesario revisar los modelos teóricos que abordan el cambio social en un contexto de intensificación de las interconexiones a nivel global siendo conscientes de que, con frecuencia, la pretensión teórica se circunscribe a la construcción de "un discurso generalizado, abstracto,

destinado a proporcionar una orientación intelectual en el caos de los sucesos y de la interpretación ex-post de los acontecimientos históricos" (Sztompka, 1998, 147). No es mi intención, no obstante, quedarme en este nivel.

<sup>9</sup> Desde mi punto de vista la labor teórica y empírica que es preciso efectuar sobre la sociedad dominicana implica poner a prueba "una pluralidad de métodos de observación y de medida, cuantitativos y cualitativos, estadísticos y etnográficos, macrosociológicos y microsociológicos" (Bourdieu, 1989, 12) que nos permitan comprender los procesos acaecidos en las últimas décadas partiendo "de la convicción de que sólo se puede captar la lógica más profunda del mundo social a condición de sumergirse en la particularidad de una realidad empírica, históricamente situada y fechada" (Bourdieu, 1989, 12). Así, el análisis de los procesos de cambio social en la República Dominicana implica analizar las consecuencias de los proyectos de modernización fallidos que alteran las pautas de comportamiento existentes y que suponen, en distintos momentos, un reto para el país.

<sup>10</sup> Las transformaciones de las sociedades contemporáneas en el actual contexto de la globalización abren "una duda radical sobre la consideración del trabajo como categoría económica y social, de sus formas concretas de aplicación al proceso productivo y, en suma, de su colocación en el conjunto de instituciones sociojurídicas que conforman la ciudadanía actual como una comunidad de garantías, de derechos y obligaciones" (Enrique Alonso, 2002) siendo susceptible de teorizaciones diversas dependiendo de cómo se conciba el horizonte de la globalización y se relacionase su dimensión financiera/virtual y la local/material. Esta última dimensión es la que se encuentra "apegada a los territorios, a las instituciones y, sobre todo, a la utilización del trabajo bajo las condiciones prácticamente prekeynesianas y prefordistas" (Enrique Alonso, 2002). Condiciones que, paradójicamente, son las que están actualmente igualando a los países. Constatamos "el gran parecido que se advierte en la evolución del trabajo en los denominados primero y tercer mundo. Estamos asistiendo a la irrupción de lo precario, discontinuo, impreciso e informal en ese fortín que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. Con otras palabras: la multiplicidad, complejidad e inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental" (Beck, 2000, 9).

<sup>11</sup> En este mismo sentido, escribe Bales, "la nueva esclavitud imita el funcionamiento de la economía mundial, centrándose en el control y la utilización de los recursos y procesos en vez de en la propiedad y la gestión de activos fijos. Dicho de otro modo, es como el cambio de la "propiedad" de colonias en el siglo XIX -explotar los recursos naturales y aprovecharse del trabajo barato- pero sin necesidad de gobernar el país entero. De manera similar, la nueva esclavitud se apropia del valor económico de las personas y las mantiene bajo control con amenazas, pero sin reivindicar su propiedad ni hacerse responsable de su supervivencia. Esto se traduce en un aumento de la rentabilidad: los niños inútiles, los viejos y los enfermos o heridos son arrojados a la basura. Las tareas temporales se realizan recurriendo a la esclavización temporal, como en el caso de los cortadores de caña de azúcar haitianos. En la nueva esclavitud, el esclavo es un objeto de consumo que se añade al proceso de producción cuando hace falta pero que ya no se supone un coste elevado" (Bales, 2000, 28).

## Bibliografía

**ALIENDE URTASUN, A.**, 1999, *Elementos fundantes de la identidad colectiva navarra. De la diversidad social a la unidad política* (1841-1936), Universidad Pública de Navarra, Pamplona.

**ALIENDE URTASUN, A.**, 2004, *Para comprender las transformaciones sociales en el mundo contemporáneo. Una aproximación desde la sociología*, Verbo Divino, Estella, Navarra.

**ARIZPE, L.**, 2001, "Cultura, creatividad y gobernabilidad en D. Mato (coord.) *Cultura y Transformaciones Sociales en tiempos de globalización*, pp. 31-48.

**ANDÚJAR, C.**, 1999, *Identidad cultural y Religiosidad Popular*, Editorial Cole, Santo Domingo.

**ARCHER, M. S.**, 1994, *Culture and Agency. The Place of Culture in Social Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.

**ATKIN Y WILSON**, 1999, *The United States and de Trujillo Regimen*.

**AZCONA, J.**, 2002, "Las barreras de las culturas identitarias: Migración y límites sociales" en M. Calvo García (coord.), *Identidades culturales y Derechos Humanos*, Dykinson, Oñati, Guipúzcoa.

**AZCONA, J.**, 2001, "La construcción de los límites sociales. El papel de los sentidos" en M. Cátedra (ed.), *La mirada cruzada en la Pen sula Ibérica. Perspectivas desde la antropología social en España y Portugal*, Catarata, Madrid.

**BALAGUER, J.**, 1998, *La Isla al Revés. Haití y el destino dominicano*, Editorial Corripio, Santo Domingo, (1983).

**BALES, K.**, 2000, *La nueva esclavitud en la economía global*, S. XXI de España Editores, Madrid, (1999).

**BAUD, M.**, 1999, "Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquin Balaguer y la Identidad nacional dominicana" en *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana*, S. XIX y XX.

**BAUMAN, Z.**, 2001, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, (1999).

**BAUMAN, Z.**, 1999, *La globalización. Consecuencias humanas*, F.C.E., México, (1998).

**BAUMAN, Z.**, 1999, *Culture and Praxis*, London, Sage Publications.

**BECK, U.**, 1998, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós Básica, Barcelona, (1986).

**BECK, U.**, 2000, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Paidós Estado y Sociedad, Barcelona, (1999).

**BECK, U., GIDDENS, A. y LASH, S.**, 1997, *Modernización reflexiva. Política, tradición y est tica en el orden social moderno*, Alianza Universidad, Madrid, (1994).

**BENITEZ ROJO, A.**, 1998, *La isla que se repite*, Editorial Casiopea, Barcelona, (1989).

**BOSCH, J.**, 1992, *Clases sociales en la República Dominicana*, Editora Alfa & Omega, Santo Domingo, (1982).

**BOSCH, J.**, 1999, *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, Alfa y Omega, Santo Domingo, (1970).

**BOSCH, J.**, 2000, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, Alfa & Omega, Santo Domingo, (1959).

**BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J-C. y PASSERON, J-C.**, 1989, *El oficio del sociólogo*, S. XXI, Madrid, (1973).

**CARO BAROJA, J.**, 1974, *De la superstición al ate simo (meditaciones antropológicas)*, Taurus, Barcelona.

**CRASSWELLER, R. D.**, 1966, *The Life and Times of a Caribbean Dictator*, The Macmillan Company, New Cork.

**DARIO ESPINAL, F.**, 1999, "La nueva visión de la OEA. Implicaciones para la política exterior en la República Dominicana" en *La República Dominicana. El umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*, Brea, R., Espinal, R. y Valerio-Holguín, F. (eds.), Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, República Dominicana, pp.359-381.

**DERBY, L.**, 1999, "La seducción del dictador: lo masculino y el espectáculo estatal durante la Era de Trujillo" en *La República Dominicana. El umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*, Brea, R., Espinal, R. y Valerio-Holguín, F. (eds.), Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, República Dominicana, pp. 195-214.

**DEVILLARD, M. J.**, 2003, "Homenaje a Pierre Bourdieu" en García, J. L. & Barañano, A (coord.), *Culturas en contacto. Encuentros y Desencuentros*, M  Educación y Deporte, pp. 411-46.

**ENRIQUE ALONSO;** L., 2000. *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*, Editorial Fundamentos, Madrid.

**GALÍNDEZ, J.** De, 2002, *La era de Trujillo*, Colección Historia, Editorial Letra Gráfica.

**GARCÍA CANCLINI, N.**, 1999, "Definiciones en transición" en D. Mato (coord.) *Cultura y Transformaciones Sociales en tiempos de globalización*, pp. 57-67.

**GARCÍA CANCLINI, N.**, 1999, *La globalización imaginada*, Paidós, Buenos Aires.

**GURRUTXAGA, A.**, 2001, "La identidad de la política al final del milenio", en IRANZO, AMATRI  N, J. J. & BLANCO MERLO, J. R. (eds.), *Sobre las identidades. Lecciones Carlos Mendive* (1998-1999), Universidad Pública de Navarra, Pamplona.

**HANNERZ, U.**, 1998, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares, Frónesis*. Cátedra. Universitat de València, (1996).

**HARTLYN, J.**, 1999, "Transitions from authoritarianism in vulnerable states: A framework and Dominican case studies" en *La República Dominicana. El umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*, Brea, R., Espinal, R. y Valerio-Holguín, F. (eds.), Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, República Dominicana, pp. 229-258.

**HOETINK, H.**, 2001, "La República Dominicana, c. 1870-1930", en Moya Pons y otros, *Historia del Caribe*, Crítica, Barcelona, (1985), pp. 105-120.

**JIMÉNEZ POLANCO, J.**, 1999, "El pacto acceso al poder de Leonel Fernández en la elección presidencial de 1996: la emergencia del liderazgo contingente y la construcción de una poliarquía consultiva" en *La República Dominicana. El umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*, Brea, R., Espinal, R. y Valerio-Holguín, F. (eds.), Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, República Dominicana, pp.331-357.

**KUPER, A.**, 2001, *Cultura. La versión de los antropólogos*, Paidós, Barcelona.

**LOGAN, R. W.**, 1968, *Haiti and the Dominican Republic*, Oxford University Press, London New York Toronto.

**MARRERO ARISTY, R.**, 1961, *La República Dominicana. Origen y destino del pueblo Cristiano más antiguo de América*, Vol. III, Editora del Caribe, C. Por a., Ciudad Trujillo, República Dominicana, Era de Trujillo.

**MARTÍNEZ APONTE, R.** 1999, "La República Dominicana en el umbral del siglo XXI" en *La República Dominicana. El umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*, Brea, R., Espinal, R. y Valerio-Holguín, F. (eds.), Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, República Dominicana.

**MILL  N, C.**, 1993, "Relaciones de género y etnicidad en la industria azucarera dominicana" en González Montes, S. (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, El colegio de México, México, pp. 71-86.



**MOYA PONS, F.**, 2001, "La independencia de Haití y Santo Domingo", en Moya Pons y otros, *Historia del Caribe*, Crítica, Barcelona, (1985), pp. 9-38.

**MOYA PONS, F.**, 2001, "La República Dominicana, 1930c. 1990", en Moya Pons y otros, *Historia del Caribe*, Crítica, Barcelona, (1985), pp. 213-251.

**MOYA PONS, F.**, 1989, Pioneras de la banca dominicana: *Una historia institucional del Banco Popular Dominicano y del Grupo Financiero Popular*, Santo Domingo.

**MOYA PONS, F.**, 1986, *Causas y manejo de la crisis económica dominicana*, Santo Domingo.

**MOYA PONS, F.**, 1986, *El pasado Dominicano*, Santo Domingo.

**MOYA PONS, F.**, 1984, *La situación cambiaria en la República Dominicana*, Santo Domingo.

**MOYA PONS, F.**, 1983, *El régimen de los incentivos de la economía dominicana*, Santo Domingo.

**MOYA PONS, F.**, 1982, *Los problemas del sector externo de la República Dominicana*, Santo Domingo.

**NÚÑEZ, M.**, 2001, *El ocaso de la nación dominicana*, Editorial Letra, Santo Domingo.

**PARRA BAEZ, J.**, 2002, *Crónicas del juicio a una era de crímenes*, Universidad Autónoma de Santo Domingo.

**PÉREZ-AGOTE, A.**, 1986, *La reproducción del nacionalismo*. El caso vasco, CIS/S.XXI, Madrid..

**PÉREZ LEDESMA, A.**, 1997, "La formación de la clase obrera. Una construcción cultural" en *Cultura y Movilización en la España contemporánea*, R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), Alianza Universidad.

**PÉREZ LEDESMA, A.**, 1994, "Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)" en *Zona Abierta* n° 69, Movimientos sociales, acción e identidad.

**ROBERTSON, R.**, 1992, *Social Theory and Global Culture*, Sage Publications, London.

**SWIDLER, A.**, 1996/1997, "La cultura en acción: símbolos y estrategias", en *Zona Abierta*, n° 77/78, Cultura y Política. Ma. Luz Morán (eds.), pp. 127-162.

**SZTOMPKA, P.**, 1998, "Las lecciones de 1989 para la teoría sociológica" en *Zona Abierta* n° 77-78, ¿Hacia una sociología mundial? Reflexiones desde las periferias, M. L. Morán & A. I. López-Accotto (comps), S. XXI, Madrid, pp. 143-166.

#### **TERCERA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE LOS PAÍSES MENOS ADELANTADOS.**

Proyecto del programa de acción a favor de los países menos adelantados para el decenio 2001-2002. Bruselas (Bélgica), 14 al 20 mayo 2001.

**THOMPSON, E. P.**, 1989, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Crítica, Barcelona, (1963).

**WIARDA, H. J.**, 1968, *Dictatorship and Development. The Methods of Control in Trujillo's Dominican Republic*, Center for Latin American Studies, University of Florida Gainesville, U.S.A.